El mundo después de la democracia

Cinco pensadores de la derecha radical

Matthew Rose

bauplan

Índice

Introducción 9

1 El profeta 23

2 El soñador 41

3 El antisemita 61

4 El pagano 79

5 El nacionalista 99

6 La cuestión cristiana 119

Notas 135

Introducción

¿Qué viene después del liberalismo? Sabemos qué hubo antes: opresión, ignorancia, violencia, superstición. El mito de nuestros orígenes políticos viene dado por la historia de una sociedad construida sobre los valores de la libertad y la igualdad, en lugar de sobre la contingencia del nacimiento, la brutalidad o el poder. Este mito celebra la liberación de la autoridad coercitiva y la creciente conciencia de nuestra autonomía. La creencia en él no ha hecho que dejemos de cuestionarlo. Nuestra cultura está llena de historias que proyectan un mundo heroico, frente a las comodidades y a la mediocridad del actual. Exaltaciones de valor y gallardía que nos llevan a preguntarnos qué se ha perdido al cambiar los códigos de la nobleza por los de la paz y la seguridad. Sin embargo, estas historias nos dicen que esos mundos no volverán. Puede que hayan inspirado a hombres más valientes y hazañas mayores, pero no hay vuelta atrás. La frontera está cerrada.

Preguntarse qué había antes del liberalismo no cambia mucho las cosas. Sin embargo, la pregunta sobre qué viene después toma la forma de una amenaza. Abre la reflexión a lo que se supone impensable y anticipa lo que se supone imposible. Supone asumir, aunque solo sea por un momento, que la dirección de la historia apunta en un sentido diferente del que hemos considerado evidente durante mucho tiempo. Contempla la estremecedora posibilidad de habernos equivocado al juzgar qué son los seres humanos y en qué van a convertirse. Por supuesto, no damos por concluida la labor de la política. En todo caso, el liberalismo nos sacó de la autocomplacencia, inspirándonos para encontrar injusticias ocultas y víctimas aún no reconocidas. Nos indicó que el individuo debía ser libre para elegir su propio camino en la vida y que el Estado debía proteger el ejer-

cicio de esa libertad. Pero mientras llevábamos a cabo su cometido, incluso en medio de agudos desacuerdos, dimos por sentado el futuro. Asumimos que la historia consagraría la rectitud de sus valores y la santidad de sus causas. La idea de que el futuro pudiera juzgarlo críticamente era inconcebible. O, al menos, alguna vez lo fue.

Vivimos un momento posliberal. Después de décadas de dominio, el liberalismo está perdiendo su influencia en las mentes occidentales. La amenaza más seria no procede de los regímenes de China, Rusia o Hungría, cuyos líderes declaran que la época liberal «ha llegado a su fin».[1] Procede del interior de las propias democracias occidentales, en las que críticos perspicaces, y no solo populistas enfervorecidos, expresan dudas sobre sus fundamentos más elementales. Las críticas al liberalismo son tan antiguas como el propio liberalismo, por supuesto, y sus ideas nunca han quedado impunes. Durante siglos los filósofos lo han cuestionado desde todos los ángulos. Lo han culpado de aumentar la desigualdad y la explotación, de corromper la cultura y la religión. Han sido especialmente escépticos respecto a su visión del ser humano como individuo con derechos, caracterizado por su capacidad de elegir. Pero, aunque nada de esto represente una novedad, no deja de sorprendernos. La idea de que la igualdad humana, los derechos de las minorías, la tolerancia religiosa o el pluralismo cultural puedan ser rechazados por principio, no por ciego prejuicio, resulta desconcertante. Son ideas asociadas a libros trasnochados y causas perdidas, con gente que vive en el pasado y no mira hacia el futuro.

Un nuevo conservadurismo, diferente a cualquier otro en la memoria reciente, está emergiendo. Ideas que una vez fueron consideradas tabú están siendo revaluadas. Se rehabilitan autores alguna vez desterrados. Debates que se dieron por cerrados se están reabriendo. No hay consenso sobre cómo se produjo este espacio intelectual, pero no hay duda de quién lo está llenando. Nacionalistas, populistas, identitarios, futuristas y tradicionalistas religiosos compiten por definir el conservadurismo de modos antes inimaginables. Disienten de una ortodoxia que parecía incuestionable hace menos de una década. Dan por sentado, no solo como mera posibilidad, que el conservadurismo, tal como se ha definido durante generaciones, está intelectualmente muerto. La defensa tradicional de la libertad individual, el gobierno limitado y el libre comercio es hoy, argumentan, síntoma de decadencia política, no su solución. Lo ven como

obstáculo para el futuro que ya está en marcha: una derecha política dispuesta a desmantelar las instituciones liberales, no simplemente a gestionar su declive.

Jóvenes contraculturales y reacios a las opiniones convencionales, estos conservadores han fomentado debates que les hacen parecer esotéricos marginales. Hablan de cosas tales como la recuperación del paganismo antiguo o la defensa del papado medieval. Promueven teorías sobre el dominio de las élites y normas para los radicales de base. Imaginan futuros en el espacio exterior. Imaginan nuevas políticas industriales y nuevas universidades de artes liberales. En sus debates participan ateos y católicos, racistas y miembros de minorías, programadores y agricultores. Si este paisaje posliberal le parece extraño, no está solo. Sus argumentos rara vez se discuten en los medios tradicionales.[2] Se encuentran en libros autopublicados, pódcasts disfrazados y sitios web efímeros, todos ellos publicitados a través de cuentas anónimas en las redes sociales. Han erigido nuevas luminarias para sustituir a las antiguas. En lugar de William Buckley está Curtis Yarvin. En lugar de Milton Friedman, Peter Thiel. En lugar de George Will, Angelo Codevilla. En lugar de Richard John Neuhaus, Adrian Vermeule. En el de Irving Kristol, Steve Sailer. No es extraño, lector, que no esté usted familiarizado con estos nombres. Muchos políticos y editores conservadores tampoco los conocen a todos, pero sus colaboradores jóvenes sí.

¿En qué están de acuerdo los posliberales? En casi nada. Discrepan profundamente en lo referente a la raza, religión, economía y estrategia política. Algunos se centran obsesivamente en la inmigración y el cambio demográfico, otros en el estancamiento económico o el colapso de la autoridad religiosa. Pero todos están de acuerdo en lo siguiente: pronto serán posibles nuevas formas de vida política. Si se muestran esperanzados ante una perspectiva que otros temen es porque prevén una revolución en el pensamiento conservador. La solidaridad nacional y la identidad cultural, no la libertad individual, serán sus temas principales: un conservadurismo centrado en el bien público, no en los intereses privados. Al trazar este camino, la derecha posliberal se inspira en la izquierda progresista. Le reconoce a la izquierda que hizo algo bien. Comprendió que para que el cambio político sea posible, primero debe ser concebible. Feminismo, igualdad, justicia racial, multiculturalismo: la izquierda gobernó la vida política controlando cómo imaginábamos el arco de la historia. Con-

venció a los occidentales de que la historia progresaba eliminando barreras a la inclusión y la igualdad, suposiciones que dejaban a los conservadores con poco que decir sobre el desarrollo de la cultura, únicamente sobre la velocidad a la que avanzar. Para los posliberales nos acercamos a un momento en el que estos papeles se verán intercambiados.

Si la nueva derecha ha reclamado el futuro, todavía es en gran medida impotente. No tiene representación ni plataforma política, ni base institucional. Asumir públicamente los puntos de vista del integrismo, la neorreacción o la *alt-right*, como se denomina a algunas de sus facciones más radicales, supone cometer un suicidio profesional. Pero las apariencias engañan y la política es un indicador rezagado del cambio cultural. Escuchen con atención, lean con cuidado e ignoren el ruido de las redes sociales, detectarán un cambio generacional en la derecha intelectual. Los jóvenes conservadores buscan una nueva base teórica para la política, un marco conceptual que dé sentido a los fracasos de la derecha y a los éxitos de la izquierda. Cuestionan los viejos argumentos del canon liberal, especialmente los que sitúan la libertad individual por encima del bien común. En su lugar, miran furtivamente hacia autores disidentes y tradiciones proscritas, cuestionando los fundamentos culturales, espirituales e incluso raciales de la identidad humana.[3]

No se sabe a ciencia cierta qué presagia este ambiente posliberal. Ninguna síntesis de sus facciones es posible y es insensato hacer predicciones sobre las elecciones. Pero la historia ofrece una hoja de ruta para el destino de las ideas y haríamos bien en seguirla en la medida de lo posible. Este no es un libro sobre una generación actual de radicales, sino sobre una anterior, que también intentó romper la prisión mental del liberalismo y construir sociedades sobre verdades que habían sido ocultadas o suprimidas. Ofrece una introducción general a uno de los cuerpos de pensamiento político más controvertidos del siglo XX. La derecha radical, como yo la llamo, anticipó el fin del liberalismo y el amanecer de una era posliberal. Sus teorías sobre las diferencias culturales, la desigualdad humana, la autoridad religiosa y la biopolítica racial fueron ampliamente consideradas como invitaciones a la xenofobia e incluso a la violencia. Pero, cualesquiera que fueran sus fallos, intentaron como pocos imaginar un mundo tras siglos de dominio liberal. No pretendo que estemos destinados a repetir sus argumentos, ni mucho menos a admirar su

1

El profeta

Oswald Spengler se jactaba de poder ver el futuro, pero el verano de 1933 pareció sumirlo en una completa ceguera frente al presente. Los censores nazis aún no habían prohibido su nuevo libro, *Los años decisivos*, pero él sabía que no tardarían en hacerlo. Spengler se apresuró a imprimirlo antes de haberlo terminado (todavía hoy lleva el subtítulo «Primera parte»), teniendo extremo cuidado de no mencionar directamente al nacionalsocialismo ni a Hitler, que había llegado al poder apenas unos meses atrás. El libro dejaba clara su posición: Hitler no era el líder que ni él ni otros de la derecha revolucionaria esperaban. Aunque Spengler celebró el colapso de la República de Weimar, sus ataques contra el régimen que la sucedió, por velados que fueran, tuvieron como consecuencia que nunca más se le permitiera publicar en Alemania.

El libro se vendió bien, pero que su visión fuera de la política mundial dejó perplejos a los lectores, que buscaban un análisis de los acontecimientos en clave nacional. Pese a que la hora de la decisión parecía estar cerca [*The hour of decision* es el título original], no quedaba claro de qué decisión se trataba. Una cosa parecía confusamente clara: la clave no era Hitler, a quien Spengler tachó de insignificante después de una reunión privada, la primera y la única, poco antes del lanzamiento del libro.[1] En *Los años decisivos* insinuaba que Hitler era un «idiota» y no se ocultaba el desprecio del autor por un movimiento repleto de la «escoria» de la sociedad, y motivado por el «nacionalismo» y el «odio». Tampoco los debates ideológicos que habían agitado los años de entreguerras impresio-

naron a Spengler, quien restaba importancia a la guerra mundial que se avecinaba y consideraba como una mera onda en la superficie del profundo flujo del tiempo. «No escribo para unos meses más adelante ni para el próximo año, sino para el futuro» —anunció. «Veo más allá que los demás. No veo solo grandes posibilidades, sino también grandes peligros».[2]

Spengler se hizo famoso como profeta del ocaso cultural, siendo su predicción final la más provocativa. Predijo una crisis, la «más grave» de la historia de la humanidad, que pondría a prueba la fortaleza del mundo occidental: «nadie lo ve, ni se atreve a verlo», pero también confiaba en que la voluntad de europeos y estadounidenses de afrontarlo juntos, sin el falso consuelo de ilusiones y sentimentalismos, determinaría el curso de la historia.[3] ¿Qué vio Spengler? Cerca del cambio de milenio Occidente debía enfrentarse a la «revolución mundial de color», el ascenso de las naciones «de color» a posiciones de una creciente paridad con el «mundo blanco». La revolución no llegará por la fuerza de las armas, advirtió. Llegará cuando los pueblos de Asia, África, América Latina y Oriente Medio, equipados con la ciencia y la tecnología occidentales, se den cuenta de que la era de la supremacía blanca global ha terminado. Cuando lleguen por fin a «sentir su propia fuerza común», se dispondrán a entrar en la Edad Contemporánea, pero en sus propios términos, sin la supervisión colonial. Esta revolución —y no la que está en marcha en Alemania— pondrá al mundo frente al verdadero momento decisivo.[4]

Spengler intentó distanciar sus puntos de vista, y sus temores de las doctrinas racistas que pronto inspirarían una enorme catástrofe humana. A diferencia de los antisemitas, a los que aborrecía, no le preocupaba la preservación de la pureza racial. Para él los siglos de «explotación» y de trato «grotesco» por parte de los blancos conferían legitimidad moral a la revolución. Nada de lo anterior convierte a Spengler en un autor humanitario, ni mucho menos uno liberal, ya que su fundamental preocupación era la fragilidad del alma del mundo blanco. ¿Qué le sucederá a *esta,* se pregunta, cuando las «razas oprimidas del anillo exterior» comiencen a moverse desde la periferia hacia el centro? ¿Qué sucederá después de haber compartido su tecnología, en un acto distraído de buena voluntad? Spengler temía un resultado más mortal aún que la derrota militar, la pérdida económica o el declive demográfico: una crisis fatal de identidad. Era

cierto que el mundo en desarrollo carecía de un poder económico y militar comparable, pero a cambio tenía algo más poderoso: un firme sentido de su identidad colectiva y la determinación de preservarla a lo largo del tercer milenio. A Spengler le preocupaba que todas las potenciales solidaridades empujaran asertivamente a un mundo occidental, dubitativo y moralmente sensible, a renunciar a su propia identidad e interés común.[5]

Los años decisivos no se celebra como un clásico de la literatura antinazi. El miedo a minorías imaginarias en lugar de a los realmente existentes fascistas parece demasiado obtuso, incluso si se tiene en cuenta el año de su publicación. Pero es aquí, en su momento de mayor fiebre y pánico, cuando el libro se muestra extrañamente profético. Aunque Spengler no tenía un nombre para lo que quería anticipar, nosotros sí lo tenemos: política de identidad. Spengler fue todo un profeta, al menos en un aspecto irrefutable: predijo que la política del tercer milenio ya no repetiría las batallas intelectuales del siglo XX. Se caracterizaría más bien por la lucha por el reconocimiento entre diversas identidades humanas y los símbolos culturales que las reflejan. Spengler escribió porque quería tomar parte en esta política venidera, y de esta forma intensificar —en lugar de mitigar— un conflicto que creía inevitable una vez se consumara la desaparición de las democracias liberales. Su mensaje, codificado bajo una estimulante obra de historia especulativa, se convertiría en una idea explosiva para un movimiento intelectual que no llegaría a conocer. Para sobrevivir como pueblo y como cultura los europeos necesitaban saber qué los diferenciaba del resto: Spengler pensaba que solo él podía decírselo.

La decadencia de Occidente

Cuando Spengler se retiró de la enseñanza en 1910, a la edad de treinta años, tenía grandes aspiraciones aunque probablemente ninguna de ellas suponía escribir uno de los libros más controvertidos del siglo. Acababa de recibir una pequeña herencia que le permitiría dedicarse a la vida intelectual que, tras suspender sus exámenes de habilitación universitaria siete años antes, se le había negado. Sus estudios eran de matemáticas y ciencias, pero su objetivo era convertirse en un hombre de letras. Pese a ello, poco queda de sus primeros

poemas, cuentos y libretos, y nada de una planeada novela que aspiraba a ser su obra maestra. Sus ambiciones cambiaron abruptamente cuando vislumbró la *Historia de la decadencia del mundo antiguo*, de Otto Seeck, en el escaparate de una librería de Múnich. El proyecto de una década pasó ante sus ojos.[6]

La aparición del primer volumen de *La decadencia de Occidente,* en 1918, transformó, casi de la noche a la mañana, a un desconocido erudito independiente en una celebridad intelectual. El momento fue el oportuno. Spengler nunca había tenido la intención de presentar una explicación de la derrota de Alemania, como nacionalista convencido había más bien fantaseado con la victoria alemana. Sin embargo, su relato sobre la decadencia y muerte aseguradas de la cultura europea permitió a los lectores alemanes dar sentido a la guerra y consolarse en la creencia de que a sus vencedores también les esperaba el mismo destino sombrío. El libro dominó el debate intelectual en el que se conoció como el «Año de Spengler», y eso a pesar de los esfuerzos del autor para corregir su recepción. Intentó convencer al público de que lo suyo era solo una voz de alarma, no una invitación al fatalismo. «No soy pesimista», declaró en 1921, poco antes de completar su segundo volumen. «Pesimismo significa no tener metas. Veo tantas tareas por resolver que me temo que no tendremos ni tiempo ni hombres suficientes para acometerlas».[7]

La decadencia de Occidente era difícil de categorizar y casi imposible de juzgar de manera crítica. Thomas Mann la leyó como una novela, Martin Heidegger la desestimó como filosofía y Northrop Frye la elogió como poema.[8] No se ajustaba a las convenciones académicas ni literarias, sino que mezclaba diversos géneros, en un estilo altamente personal y caleidoscópico. Se trataba de una obra poética que invitaba al debate teórico, una filosofía expresada en imágenes, un trabajo histórico que apuntaba a la conversión espiritual. Y ofrecía una extensa interpretación de las culturas del mundo, cuyo auge y caída formaban la acción dramática de la historia humana. Spengler contaba ocho en total: la occidental, la clásica, la árabe, la india, la babilónica, la china, la egipcia y la mexicana.[9] *La decadencia* era un monumento del saber humanístico, pero semejante proyecto era casi imposible de completar. Spengler solo dedicó una atención significativa a las culturas occidental, clásica y árabe, a las que dio los nombres respectivos de fáustica, apolínea y mágica. En el segundo volumen de la obra explicaba que su limitado tratamiento de las

otras culturas se debía a su escasa erudición sobre las mismas. En su mayor parte, los especialistas fueron implacables y *La decadencia* vio su muerte académica por las miles de críticas vertidas por parte de historiadores que cuestionaban sus imaginativas reconstrucciones.

Spengler nunca afirmó ser un historiador, sino simplemente el descubridor del significado y el destino de la historia. El suyo era un libro «para el beneficio de los lectores serios que quieran tener una *visión*, no solo una definición de la vida», no una obra de erudición desinteresada.[10] Spengler se situó en las inmediaciones de la tradición filosófica alemana, que intentaba explicar el misterio del tiempo de la historia mostrando cómo sus acontecimientos formaban un proceso inteligible. No obstante, aportó una perspectiva innovadora al rechazar el optimismo compartido por las visiones cristiana e ilustrada sobre el desarrollo histórico. Para Spengler la historia no tiene una sola dirección ni un destino. La creencia de Agustín de que termina en la Ciudad de Dios no era más o menos errónea que la creencia de Marx de que culmina en la utopía comunista. No hay plan, ni progreso, ni deidad personal en el desarrollo del tiempo histórico.[11] Pero tampoco es un caos de causas y efectos ininteligibles. Hay un patrón metafísico en la vida humana y, si pudiéramos captar su orden simbólico, podríamos explicar algo más que las formas pasadas o futuras de la historia; podríamos saber quiénes somos y cómo debemos vivir.

Culturas y humanidades

La clave de la historia humana se encuentra en la diversidad de las culturas y los pueblos, que la reflejan. Spengler llegó a esta conclusión —y a sus radicales implicaciones políticas— a través de una intuición llena de astucia: no jerarquizando las culturas, sino demoliendo la idea misma de jerarquía. La visión de Spengler es a la vez conservadora y multicultural, una síntesis cuyas peligrosas potencialidades resultarían enormemente atractivas para una gran variedad de lectores posteriores. Spengler comenzó desestimando todo intento de comprender la vida humana desde un punto de vista universal. En uno de los primeros capítulos de *La decadencia de Occidente* afirma que los seres humanos existen tanto en la naturaleza como en la historia de formas fundamentalmente diferentes. Es verdad que en